



Tú dile
a Sarabia que digo yo
que la nombre y que
la comisione aquí o en
donde quiera, que después
le explico.

Era un poco tarde
ya cuando el funcionario
decidió seguir de nuevo el vuelo de
la mosca. La mosca, por su parte, como
sabiéndose objeto de aquella observación,
se esmeró en el programado desarrollo de sus
acrobacias zumbando para sus adentros, toda vez que
sabía que era una mosca doméstica común y corriente y
que entre muchas posibles la del zumbido no era su mejor
manera de brillar, al contrario de lo que sucedía con sus evoluciones
cada vez más amplias y elegantes en torno del
funcionario, quien viéndolas recordaba (...)

Augusto Monterroso

